

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

*Tip. de Dublán.*



PROFETAS DE MIGUEL ANGEL.—CAPILLA SIXTINA. ROMA.





## DE NATURA RERUM.



ADIE hubiera creído, al ver la galana pareja en plena bazarria de edad, suspensos los dos peregrinos de amor en esa última cumbre de la vida en que se detienen los seres pensantes por la postrera vez para tramontar los cuarenta años—porque hay así etapas en la eflorescencia humana, en las que se descansa por décadas bajo una apariencia inalterable físicamente, primero en la adolescencia, luego en la juventud, después en la virilidad;—nadie hubiera soñado que la gentil pareja granada y lozana, ella con su pesada masa de cabellos negrísimos y pujantes, él con su cabeza empolvada de nieve como los cortesanos versalleses, ella y él con los ojos lípidos,

las mejillas tersas, los miembros ágiles y briosos, hubiesen arribado á la cumbre de la vida de otra manera que llevados por las mañanas y las tardes en el capitonado landó amenazado de volcarse al empuje del altanero tronco de frisiones equinos; mecidos con indolencia en una cadenciosa cracoviana ó torbellinados en el maelstrom de un vals en la feérica gloria de un sarao; reclinados ella en el antepecho y él en el fondo del palco, ella para ser admirada y él para admirar á sus anchas la fruta prohibida que sus catalejos apropiaran hasta su boca; bogadores los dos, en fin, en el barquichuelo alhajado y joyante de la Fortuna, esa picarilla hada que cuando se deja coger por las alas cual mariposa ebria de miel, y aprisionar en una caja fuerte de hierro, premia á quien la dona tal prisión, acumulando infatigable noche á noche, en unión de los gnomos lapidarios y aurifabristas, pirámides de piedras preciosas y columnas de superpuestas y selladas águilas de oro!

Así, con las pasables molestias de un Pullman de recreo, parecían aquellos dos viajeros haber arribado á la cumbre alpestre desde la cual contemplaban risueños el panorámico paisaje de la felicidad encumbrada después de regar flores, aguas, mieses y uvas por las campiñas fecundas en bienes. Pero nadie sabía, ahora, la violenta prueba en que su corazón habíase acrisolado!

Veneranda y Gabriel conociéronse sin ninguna aventura novelesca: él daba clases de paisaje al óleo y ella las recibía en su mansión suntuosa de heredera única de una gran fortuna, rodeada de una corte de primas parasitarias sobre las que imperaba como una dogaresa. Un ejército de criados y lacayos la servía al pensamiento, obedeciendo sus más infantiles deseos que por infantiles á menudo eran quiméricos.

Por ejemplo: cierta mañana despertóse en su lecho de infantina, recamado de blondas alençonas, con el deseo de amar; y como el ideal de las criaturas románticas era por aquellos años hoy corridos—Dios mío! mi juventud ha florecido entera de entonces á hoy!—un soñador solitario y apasionado á la manera de los héroes romancescos creados por la corte planetaria de Hugo, el garzón paisajista avinose como cintillo al dedo, al caprichuelo púber de la hermosa. Y así fué que al presentarse en el lindo estudio que se diría soñado por Sandro para desnudar á las Gracias y copiarlas desnudas, Gabriel turbóse al ver á Veneranda zalamera y ruburosa venir á su encuentro, tenderle su mana hoyuelada y guiarlo así, á semejanza de un arcángel á un joven Tobías, hacia al caballete donde alboreaba apenas un paisaje lunar, en el momento preciso en que Febea tramonta y el lucero del día precede como un paje á la cuádriga voladora de Faetón....

Gabriel comprendió que la imperadora quería ser amada y ser obedecida, y se aprestó á la lucha. Era pundonoroso, y pugnó por no quedar atado al carro de victoria, aun cuando fuese atado con cadenas de flores. La insinuación de la señorita bien nacida, si bien impetuosa en el arranque inicial, no traspasó empero el límite de la donosura de una dama que se respeta; y tal insinuación parsimoniosa cautivó á Gabriel. Vióse abrumado por las atenciones de Veneranda en su casa, en los salones que ambos



frecuentaban, ella con el poder de su belleza y su oro, él con el poder de su prestigio de artista; la murmuración, preludio del himno triunfal consagrador de los afortunados, los envolvió en una onda sonora que á Veneranda la hizo sonreír y al pintor sublevarse, y entonces se alejó de su discípula.

Ese alejamiento determinó la unión de aquellos dos seres que parecían haber nacido para encarnar el poema de la juventud vencedora por la belleza y la fortuna. El artista fué llamado á la presencia de la hermosa; la explicación surgió firme y franca dados sus caracteres altivos; el mundo, que ambos desdénaban, fué proscrito en el pacto de alianza para toda la vida; el idilio romántico bien pronto se transformó en dichosa realidad, y la pareja de amor, laudada por el himno triunfal consagrador de los afortunados, paseó con la insolencia inconsciente de los felices, su cauda de murmuraciones cobardes, envidias con antifaz de galanterías, bajas pasiones plebeyas, que lo mismo fecundan el limo de la gleba que los corpúsculos de la sangre azul. Sentimientos bastardos que brotan cínicos ó disimulados, pero que son sedimentos latentes del mal en todo organismo humano!

Así, aquella doble valla de fracs encarnados y de hombros desnudos por entre la que pasaban triunfantes Gabriel Herrán y Veneranda de Villamar, en el salón resplandeciente de su mansión fastuosa la noche de sus bodas, aquella doble valla cortesana escondía bajo su sonrisa palaciega, tenuemente sardónica, los dardos romos de sus pasiones innobles.

El pintor no se curó de analizar almas, y se dejó mecer en la hamaca de seda de la alegría. Sus amigos invadieron la mansión señorial riendo ruidosamente; en el gran patio embaldosado piafaban los caballos y ladraban los lebreles impacientes de partir á las famosas cacerías; al regresar, como una banda de cosacos, invadían las despensas y rociaban con añejos vinos borgoñones los ciervos asados, los jabalíes al horno, los civets de liebres traídas por manojos, las perdices agachonas y las gangas azoradizas, que hacían reventar las bolsas de caza, abundantísima en las posesiones del señorío de Villamar. En el recinto hospitalario todo era estruendo, luz, música, felicidad. El carácter franco y abierto de Gabriel, convertido súbitamente en gran señor, atrájose las simpatías fáciles de quienes secretamente lo habían desdeñado al subir á su rango, y Veneranda, al principio feliz en su plenilunio de miel, bien pronto vió, con asombro primero y después con rencor creciente, que ya no era la única, la reina, la mimada, la imperadora en su mansión. Todos buscaban á Gabriel: las invitaciones eran para él; los honores para él; ella quedaba en segundo término y la felina fierecilla que dormía en su corazón, como en el corazón de toda mujer, despertóse como una jaguareza de su sueño de amor. . . . Veneranda tornóse tornadiza, nerviosa, ceñuda, irascible. . . . su cólera hacía crisis é iba á estallar como un cráter. . . .

Y así fué que una mañana en que Gabriel acompañado de tres amigos ordenó en alta voz desde su despacho que engancharan el landó, por respuesta vió presentarse á un lacayo purpúreo de confusión, que balbuceaba:

—La señora ordena que no se enganche! . . . .

Gabriel palideció de rabia y de vergüenza, pero dominándose súbitamente, dijo á sus amigos con jovialidad:

—Vaya! . . . . pues tomaremos una calandria!

—Sí! . . . . sí! . . . . una calandria! —corearon—y partieron, queriendo en vano ocultar la afrenta bajo una falsa alegría.

Al día siguiente, muy temprano, Gabriel presentóse tranquilo en las habitaciones de su esposa y la invitó á dar un paseo matutino —hacia un tiempo espléndido. Veneranda, que esperaba impaciente una escena tremenda, quedó desconcertada.—«Será en el paseo»—pensó. Y se decidió á aceptar. Esta vez sí engancharon con apresuramiento; pero en el carruaje Gabriel hablaba de cosas indiferentes, con la misma tranquilidad asombrosa.—«Dios! . . . !—pensó Veneranda.—Si me hubiese casado con un hombre sin delicadeza!» Al terminar la calzada de milenarios ahuehuetes, Gabriel ordenó al lacayo que se internara en un barrio solitario.—«Vaya un capricho!»—pensó Veneranda; y al llegar frente á una casa de humilde aspecto, Herrán hizo parar al carruaje, rogó á Veneranda que bajara y despidió el cupé.

—Pero de qué se trata?—preguntó Veneranda alarmada.

—Volveremos en el tranvía que pasa ahí, á unos cuantos metros,—contestó él con serenidad que la tranquilizó.—Deseo que veas esta casita que compré. . . .

—Pero estás loco?—dijo ella riendo—y entraron los dos.

El corazón de Veneranda dió un vuelco. Las dos únicas habitaciones pequeñas estaban abiertas; en una de ellas había un caballete, pinceles, lienzos y bosquejos prendidos á los muros blancos, una hamaca y dos ó tres sillones de mimbre; en la otra había un humilde lecho albeante, un tocador de roble, un ropero provisto de batas, faldas y ropa blanca y un lavabo de porcelana. En el pasillo que conducía á la cocina, bajo un cobertizo de trepadoras y campánulas en flor, veíanse una mesa de comedor y un armario con loza y cristalería.

—Veneranda—dijo el pintor con voz tranquila, descubriéndose—cuando yo me casé contigo, era lo que soy, un paisajista que se gana la vida con sus pinceles, y tú me aceptaste así. Esta es mi habitación que yo he guardado por cariño á mi vida de bohemio; ayer he solicitado mis antiguas clases y por fortuna me las han dado todas otra vez. . . . Yo trabajaré con ardor, para que no te falte lo que decorosamente necesita una mujer. . . . Estás en libertad para nombrar quien administre tus bienes y puedes hacer de ellos el uso que quieras. . . . pero mientras no haya impedimento legal, tienes que vivir conmigo y compartir lo mío. . . . Espero de tu dignidad y de tu nombre que aceptarás mi honrada pobreza!

Cuando Veneranda despertó del delirio febriciente que la fulminó al recibir el tremendo golpe, en-



contró á su lado á su doncella más querida, que la consoló con frases cariñosas y la ayudó á recordar discretamente el motivo porque se encontraba allí. Era la rubia una compañera de infancia de Veneranda, y en sus brazos lloró la cuitada sus penas; pero ante Gabriel se mostró indiferente, estoica, no quiso rogar ni causar compasión. Sufrió con heroísmo las impertinentes preguntas de sus amigas, que se interesaban por su salud y acudían á verla, pues toda la ciudad sabía el suceso y el lejano barrio se veía concurrido por soberbios carruajes de flamantes libreas. Encumbrados caballeros suplicaron á Gabriel, por el linajudo nombre de Veneranda de Villamar, por su nombre de artista, pero el pintor se mostró inflexible. Levantábase por las mañanas y partía á dar sus clases; prodigaba al regresar atenciones y cuidados á su esposa, que los recibía con una impasibilidad marmórea, y la vida se deslizaba así, con una monotonía languidecente para la reina destronada. Su orgullo herido se rebelaba contra la idea de pedir gracia. El choque del dardo del vencedor contra la coraza de su altivez, la halló blindada para toda flaqueza, para toda vulgaridad, y la diosa no descendió de su plinto á las correrías de los tribunales!... Los días retemplaban á fuego lento aquellas dos voluntades indomables... Quién podía romperlas ni domeñarlas...?

Ah!... La eterna madre, la eterna avasalladora, la santa Naturaleza!

Una noche Veneranda, á punto de dormirse, sintió en su seno el latir de otra vida!... Incorporóse palpitante, trémula, azorada, venturosa, y rompió á llorar. Gabriel acechaba, como todas las noches, insomne, desgraciado, y al oír los sollozos saltó de la hamaca, donde reposaba, y corrió al lecho de Veneranda, que abriéndole sus brazos le decía ruborosa y sollozante:

—Ya nó...! Perdóname en nombre de nuestro hijo!

RUBÉN M. CAMPOS.

1901.

## OTOÑAL.

¡Qué honda melancolía  
la de esta tarde póstera de Octubre,  
en que se apaga agonizante el día  
bajo el nublado que los cielos cubre!

¡Cómo caen las hojas  
en la solemne selva solitaria!  
Cual aves tristes cuyas alas flojas  
se alzan como se alza mi plegaria!

Sin fuerzas, sin aliento,  
ludibrio de los cierzos gemidores,  
exhalando en las ráfagas del viento  
las notas de sus últimos amores.

La escarcha se avecina  
y la tarde se aviene á mi tristeza,  
y en la onda profunda y cristalina  
miro cómo emblanquece mi cabeza.

Amor! no así la viste  
en las manos del sér que me amó tanto,  
que á mi lado jamás estuvo triste  
y yo mismo conduje al camposanto...

¡Qué alegre la mañana!  
Doraba el sol las fértiles campiñas;  
y á la mística voz de la campana  
un enjambre en la iglesia, el de las niñas.

Tras ellas los rapaces  
que picante atezara el aire patrio,  
entre risas y cármes fugaces,  
esperando intranquilos en el atrio.



¡Cuánta luz en los ojos,  
cuánto candor en la serena frente,  
cuántas sonrisas en los labios rojos  
y en las almas qué luz indeficiente!

¡Qué blanca era la vida  
al escalar los rápidos peldaños!  
¡Qué fácil y que dulce la subida!  
¡Qué lejos los funestos desengaños!

¡Qué felices nosotros  
yendo de cara al porvenir seguro!  
Hoy tiemblo por la vida de los otros  
y amargo cáliz de ansiedad apuro.

El dolor es lo único  
que hay inmortal sobre la dura tierra;  
falaz se embosca, como aleve púnico,  
nos acecha, nos mata y nos entierra....

Ese rumor de hojas  
trotando por las sendas me hace daño;  
de mi verdor así tú me despojas  
oh Vida! sin cesar, año por año.

El árbol en la noche  
con sus ramas escuetas y desnudas  
rompe con su actitud el negro broche  
de mis penas incógnitas y mudas.

Pero hojas y aves  
volverán á mecerse entre sus ramas,  
cuando la primavera sus suaves  
brisas le traiga en su fulgor de llamas.

No así los pobres seres  
que consumidos por su propio fuego  
ay! nacen del dolor de las mujeres  
para sufrir, llorar y morir luego.

JESÚS E. VALENZUELA.

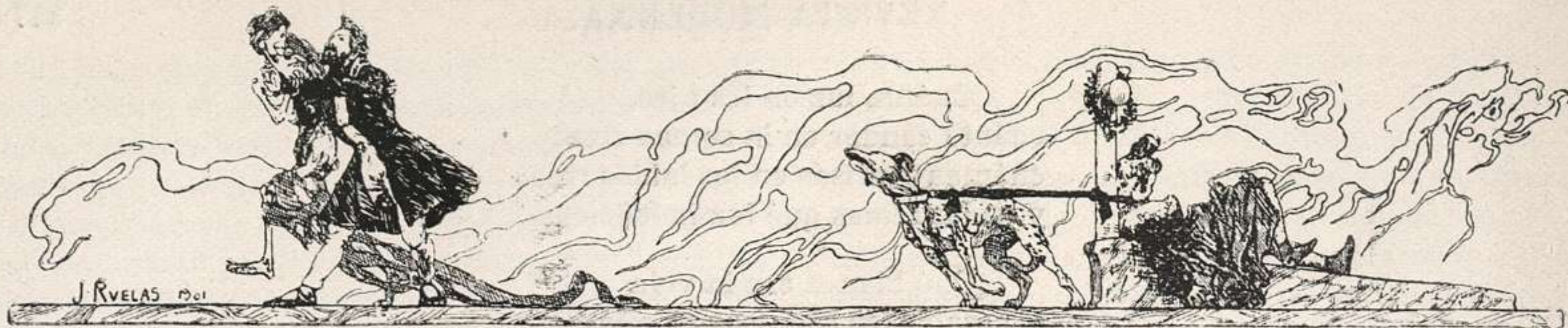


## “ELLA,” DE ERNESTO ELORDUY.

El Maestro inspirado, cuyas composiciones son la delicia de nuestras damas y de nuestros artistas desprendió una página de su álbum inédito para ofrecerla galantemente á la *Revista Moderna*, que hoy tiene el placer de ponerla en manos de sus lectoras.

Ellas podrán soñar, interpretando esa página apasionada escrita en voluptuoso ritmo de danza, lo que ha soñado al concebirla el compositor que es nuestro poeta del piano, por su genio y su corazón,





## LA EVOLUCION DEL TEATRO CATALAN.



OS que le conozcan sólo por sus primeras obras ó por alguna de las que se han traducido al castellano, se sorprenderán no poco al verle con los últimos trajes que ha adoptado. Lejos se halla ya de las comedias y dramas de *Pitarra*, su popular sostenedor de otros tiempos, y aun el mismo Guimerá no constituye ya la última novedad que puede ofrecer al espectador curioso. El teatro catalán evoluciona ambiciosamente hacia lo nuevo, ó, en opinión de algunos, decae y se deshace siguiendo equivocadas direcciones. Dejemos la discusión de si decae ó se eleva, para fijarnos sólo en algunos hechos que demuestran que indudablemente evoluciona.

Las tendencias más ó menos ibsenianas presentidas, á veces, por Guimerá, han sido afirmadas con mayor decisión y llevadas más lejos por un dramaturgo joven y ya conocido del público barcelonés: Ignacio Iglesias. Cosa de media docena de obras que lleva impresas ó representadas le han servido para atraer sobre sí la atención de los que aprecian sus buenas cualidades y adivinan en él un autor fecundo, conocedor del teatro y con aspiraciones que no se contentan con poco. Iglesias tiene ya amigos y enemigos que le ensalzan ó deprimen, excesivamente á veces, gracias á sus tendencias; pero el hecho es que él representa una nota personal y digna de tenerse en cuenta en el teatro catalán de hoy. Las nuevas ideas sociales y religiosas preocupanle impulsándole á convertir el drama en arma de combate, y aplaudanse ó no tales ideas, siempre resultarán características de la época y demostrarán que la literatura catalana no anda rehacia en seguir las corrientes extranjeras; antes al contrario, se las asimila prontamente. Su *Mare eterna* escandalizó á algunos poco tiempo atrás, y entusiasmó á otros; sus *Primers freds* han parecido también, últimamente, audaces, revolucionarios, y obtuvieron un éxito ruidoso la noche del estreno, pero sin sostenerse después, acaso por ser esta obra menos teatral que otras del autor, y no dejarse arrastrar fácilmente todo el público hacia los senderos que sigue el escritor catalán. Así y todo, hubo revistero que en el entusiasmo que abundó en el estreno de *Els primers freds* comparó la obra con *Electra*, y dijo que toda la segunda no tenía la fuerza sugestiva de una sola escena, la última, del *poema dramático* de Iglesias. En cambio, á esa admiración ha seguido la frialdad de otros, que ese es el peligro que suelen ofrecer los dramas de combate. Sea como fuere, todo parece indicar que Ignacio Iglesias es el hombre del porvenir en el teatro catalán, y que su audaz imaginación ha de agitar no pocas ideas de las que suele decirse que promueven tempestades, si tempestad cabe en ese vaso de agua de nuestra vida literaria, sea ella catalana ó no.

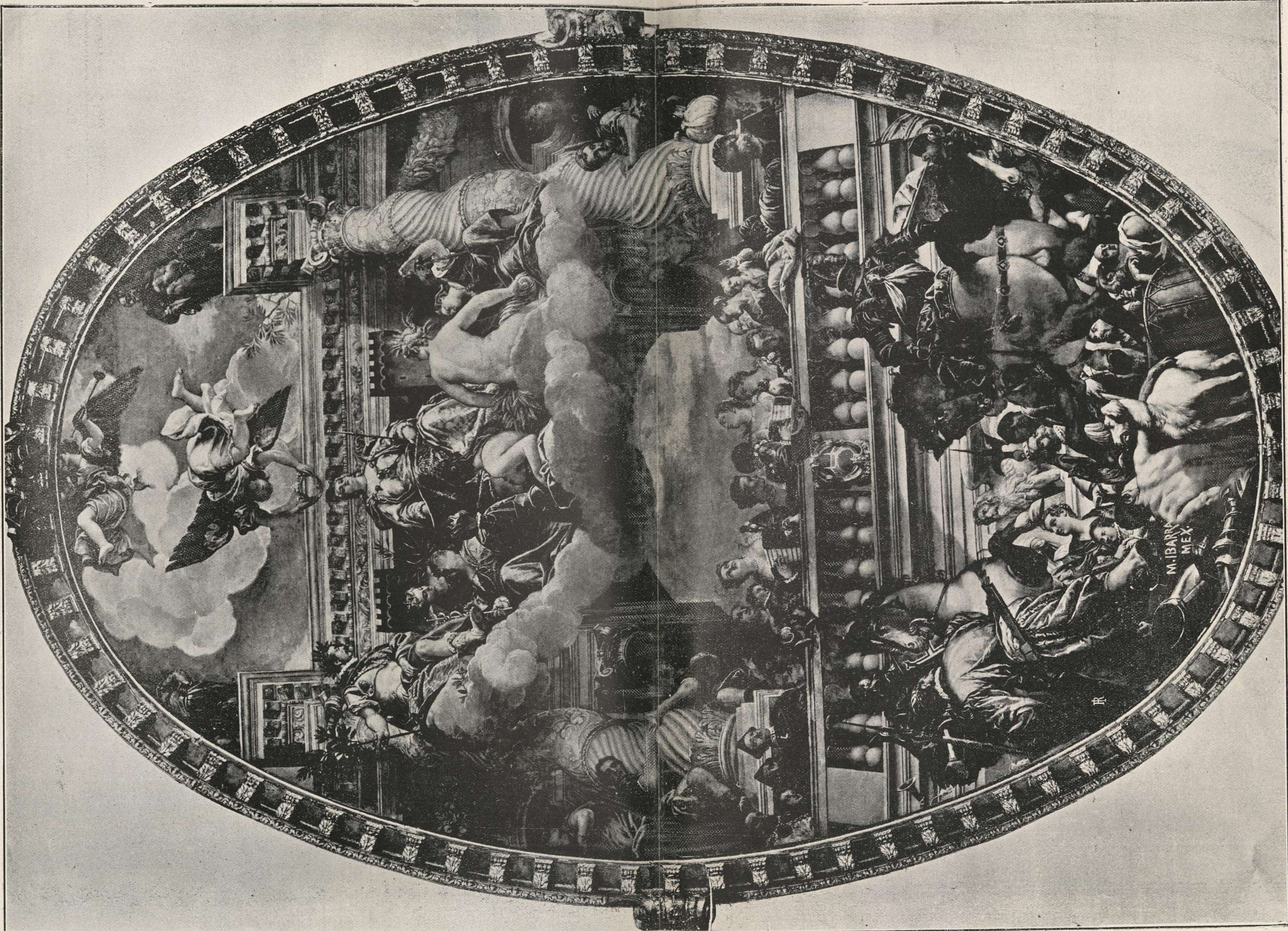
Por caminos no muy distantes de los de Iglesias anda también D. Juan Torrendell, distinguido escritor mallorquín que desde Palma fué á Barcelona para que en ella se estrenara su drama *Els encarrilats*. El éxito obtenido por el Sr. Torrendell fué completo, y el teatro catalán ha hecho una nueva y valiosa adquisición que no deja de ser muy significativa. *Els encarrilats* es una protesta calurosa, vibrante, contra el caciquismo que nos corrompe, y, al propio tiempo, una enérgica afirmación de patriotismo local. Independientemente de su valor literario, tiene la obra importancia política, pues pocas veces como en la noche del estreno se había visto en Barcelona á un dramaturgo luchando con tanta oportunidad por lo mismo que constituía aquellos días la gran preocupación de no pocos de los espectadores. Pero no sólo han llegado oportunamente *Els encarrilats*, sino que son una de las obras más serias y cultas del teatro catalán. Produce una impresión de agradable sorpresa aquel diálogo de un realismo algo parecido al de Sudermann, con atrevimientos y vuelos á lo Ibsen; arrastra el fuego juvenil del protagonista, y acaba uno por simpatizar con él y aplaudirle, aun cuando flaquea un poco ó no parece justificarse bastante á la primera impresión cuanto le ocurre. Algo se ha echado en cara, sin embargo, al autor de este drama, considerándolo como inverosímil, que no es más que copia exacta de lo que en la realidad acontece; pero no en la realidad de las ciudades, sino en la lugareña, lo que no es precisamente lo mismo.

El defecto capital de la obra, en mi concepto, es la pequeñez del motivo principal sobre que gira, el cual, si en la vida de una población subalterna se agranda, en el teatro parece muy reducido si no se com-









EL TRIUNFO DE VENECIA.—PLAFOND DEL PALACIO DUCAL DEL VERONÉS.

R







plica con otros. También cierto tono declamatorio le perjudica; pero eso puede decirse que es, en gran parte, defecto del género. Lo indudable es que el autor es una esperanza para la literatura catalana, y que hay que apuntar su nombre en la lista de los que valen y pueden darnos un teatro verdaderamente literario. Dios ponga acierto en sus manos, que no nos sobran dramaturgos de buena fe.

De esa clase de obras á las dos que ha publicado hace poco Apeles Mestres, la transición es algo brusca si se atiende sólo á cualidades externas. *Dramas líricos* las titula, y lo son por más de un concepto, por lo que la música y el canto intervienen en ellos, y por lo que participan de poesía lírica.

Constan de un acto cada uno, por haber sido escritos expresamente para el llamado *Teatre Líric Catalá*, donde se impuso esa condición, y están escritos en verso, lo que parece un retroceso en la corriente general; pero no le impide al autor decir cuanto quiere casi con la misma naturalidad de la prosa. Esas dos obritas, puestas en excelente música por los maestros catalanes Morera y Granados, obtuvieron muy buen éxito cuantas veces se representaron, y en ese éxito hay una prueba más de que el público barcelonés admite y aplaude ya en el teatro obras literarias que algunos años atrás se hubieran calificado de muy bellas, pero irrepresentables por no tener las condiciones teatrales que parecían imprescindibles. Ya ahora no lo son, y basta la poesía, lo mismo que la idea de alcance más ó menos social, para que todo quepa en aquel molde antes tan estrecho, y no tan amplio aún como algunos desean. *La Rosons* y *Pica-rol* (título de esas dos obras de Mestres) contribuyen también, pues, en cierto modo á la evolución en sentido de la completa libertad del género teatral.

¿Y qué diremos de otras tres obras en un acto que acaba de reunir en elegante volumen Santiago Rusiñol: *L'alegría que passa*, *El jardí abandonat* y *Cigales y Formigues*? Ya aquí no se intenta tímidamente que el público acepte algo, sino que se le impone como cosa nueva que en otras partes se admitiría con elogio, y en nuestra tierra no podemos, por lo tanto, rechazar. Estamos en pleno teatro simbolista, en el que la observación de la realidad no es un fin, ni mucho menos, sino un pretexto ó un medio para que el símbolo vaya á influir en la multitud. No se describe sólo por el placer de realizar belleza; no se trabaja para conmover sin resultados prácticos: se predica, se lucha para desviar á un pueblo, harto práctico y positivo, del bajo culto á los bienes materiales, para elevarlo al culto de la Idea, de la Belleza, y con él al del Poeta y del Artista, nuevos dioses que deben sustituir al Creso que inspira admiración á las ignorantes multitudes. Sin duda que el teatro de Santiago Rusiñol es, bajo cierto aspecto, el más nuevo y revolucionario entre nosotros, porque el autor no teme el fracaso: se arroja á él y logra convertirlo en éxito más ó menos completo, pero bueno, en fin. En el *Teatre Líric* se han aplaudido con entusiasmo *L'alegría que passa* y *Cigales y Formigues*, la primera más que la segunda, por más clara, humana y bien redondeada; pero es característico que un puro símbolo, que se mueve lo más lejos posible de la tierra vil y trata de apartar de ella á los hombres, baste para reunir un público de gente práctica, como suele considerarse á los catalanes, y arrancarles un aplauso hablándoles de la Poesía y predicándoles el desprecio de las riquezas. Mucha idealidad ha de haber latente, para eso, en aquella multitud; mucha predisposición á educarse; mucha facilidad, también, para admitir las nuevas corrientes, no sólo en el teatro, sino en la vida. Que todo eso es lo que evoluciona en Cataluña.

R. D. PERÉS.

---

## ETERNAMENTE.

(Para A. C.)

---

Yo no sé qué llevaba en su radioso  
Semblante de la tez inmaculada,  
Ni comprendo qué fuego misterioso  
Iluminó el cristal de su mirada.

Sentí llegar en cauce prodigioso  
Las notas de una risa enamorada,  
Y sin quererlo casi, temeroso,  
Clavé mis ojos en su faz rosada.

Se alejó para siempre de mi lado  
Y me hizo entristecer con su partida,  
Después vino el recuerdo del ausente;

Y ahora tras lo mucho que he llorado,  
Comprendo la visión: fundió mi vida  
Y he guardado el troquel eternamente!

México, 1901.

JUAN R. ORCÍ.





## CONVOCATORIA.



EL HERALDO DE NAVIDAD convoca á los literatos queretanos ó residentes en el Estado, á un certamen de «gay saber» que se verificará en esta ciudad el 28 del próximo Diciembre.

### TEMAS

Leyenda sobre asunto queretano.—Prosa ó verso.—Premio del S. Gobierno del Estado.  
Romance histórico.—Tema libre.—Premio del I. Ayuntamiento de la Municipalidad de Querétaro.

Poesía lírica.—Metro y asunto libres.—Premio del Colegio Civil del Estado.

«El Decadentismo en México.»—Prosa ó verso.—Premio de la Sociedad Politécnica.

«Navidad.»—Poesía con libertad de metro.—Premio de la Junta de Navidad.

### BASES DEL CERTAMEN.

Queda abierto el certamen desde hoy hasta el 15 de Diciembre en el Colegio Civil del Estado, adonde deben enviar sus trabajos los concurrentes al certamen, dirigiéndolos al Secretario del Jurado Calificador.

Los aspirantes enviarán dos sobres cerrados: uno contendrá la composición con un lema que sirva para distinguirla, y la indicación del premio á que aspiran; en el otro, en cuyo dorso escribirán el mismo lema, irá el nombre del autor.

Todas las composiciones poéticas que se presenten, tendrán derecho á competir por el Premio de Honor, además del correspondiente al tema que elijan sus autores entre los señalados por las Corporaciones que bondadosamente han protegido este certamen otorgando los premios.

El Premio de Honor consistirá en la flor natural y el derecho de elegir la Reina de la fiesta. Los demás serán objetos de arte.

El Jurado Calificador dará su dictamen el día 21 de Diciembre, y se harán conocer por la prensa los lemas de las composiciones premiadas y el nombre del poeta que haya merecido el Premio de Honor.

Los sobres que contengan los nombres de los autores premiados, serán abiertos en el acto del certamen, y la Reina de la fiesta entregará á los agraciados la recompensa á que se hayan hecho acreedores. Los sobres en que vayan los nombres de personas que no hayan obtenido premio, serán destruidos, sin abrirlos, en presencia del público.

Si por cualquier motivo, el poeta agraciado con la flor natural no se presentare á elegir la Reina de la fiesta, ni nombrare representante que lo haga, el Presidente del Jurado hará la designación respectiva.

Las poesías que se presenten no podrán exceder de 250 versos, ni los trabajos en prosa de 1,500 palabras.

Al otorgar los premios se atenderá al mayor mérito relativo, y el Jurado se reserva el derecho de declarar desiertos los temas que juzgue conveniente.

Si alguno de los miembros del Jurado no asiste á las reuniones en que se califiquen los trabajos, darán el veredicto los miembros que se hallen presentes.

Los trabajos premiados se publicarán en el último número de «EL HERALDO DE NAVIDAD,» y los no premiados quedarán á disposición de sus autores, hasta el día 31 de Enero de 1902, en la Secretaría del Jurado.

Será mantenedor de los Juegos Florales el Sr. Ing. D. Adolfo de la Isla, y formarán el Jurado Calificador los señores siguientes:

Lic. D. Alfonso M. Septién, Presidente.—Lic. D. Gabriel Estrada, Vicepresidente.—Lics. D. Benito Reynoso y D. Germán J. González, Dr. D. Manuel Godoy y D. Joaquín Aguilera, Vocales.—Farm. D. Manuel Altamirano, Secretario.

Querétaro, 1901.





## NOCTURNO.

---

A veces, cuando en alta noche tranquila,  
Sobre las teclas vuela tu mano blanca,  
Como una mariposa sobre una lila  
Y al teclado sonoro notas arranca,  
Cruzando del espacio la negra sombra  
Filtran por la ventana rayos de luna,  
Que trazan luces largas sobre la alfombra;  
Y en alas de las notas á otros lugares  
Vuelan mis pensamientos, cruzan los mares,  
Y en gótico castillo donde en las piedras  
Musgosas por los siglos, crecen las hiedras,  
Puestos de codos ambos en la ventana  
Miramos en las sombras morir el día  
Y subir de los valles la noche umbría,  
Y soy tu paje rubio, mi castellana,  
Y cuando en los espacios la noche cierra,  
El fuego de tu estancia los muebles dora,  
Y los dos nos miramos y sonreímos  
Mientras que el viento afuera suspira y llora!  
.....  
¿Cómo tendéis las alas, ensueños vanos,  
Cuando sobre las teclas vuelan sus manos!

## MUERTOS.

---

En los húmedos bosques, en otoño,  
Al llegar de los fríos, cuando rojas  
Vuelan sobre los musgos y las ramas  
En torbellinos las marchitas hojas,  
La niebla al extenderse en el vacío  
Le da al paisaje mustio un tono incierto,  
Y el follaje do huyó la savia ardiente  
Tiene un adiós para el verano muerto,  
Y un color opaco y triste  
Como el recuerdo borroso  
De lo que fué y ya no existe.

En los antiguos cuartos hay armarios  
Que en el rincón más íntimo y discreto,  
De pasadas locuras y pasiones  
Guardan, con un aroma de secreto,  
Viejas cartas de amor, ya desteñidas,  
Que obligan á evocar tiempos mejores,  
Y ramilletes negros y marchitos  
Que son como cadáveres de flores  
Y tienen un olor triste  
Como el recuerdo borroso  
De lo que fué y ya no existe!



Y en las almas amantes, cuando piensan  
 En perdidos afectos y ternuras,  
 Que de la soledad de ignotos días  
 No vendrán á endulzar horas futuras,  
 Hay el hondo cansancio que en la lucha  
 Acaba de matar á los heridos,  
 Vago como el color del bosque mustio,  
 Como el olor de los perfumes idos,  
     Y el cansancio aquel es triste  
 Como un recuerdo borroso  
 De lo que fué y ya no existe!

José ASUNCION SILVA.

## EN EL POZO.

(DE LA LECTURA, DE MADRID.)



### I

LA una de la tarde comenzó el cañoneo, que no otra cosa parecía aquel condenado estruendo de los barrenos. Todo el cerro, agujereado como un panal, retemblaba; sobre las casitas del pueblo volaban trozos de piedra, pedazos negruzcos y disformes, como aves oscuras manchando el espacio azul. Allá, en lo alto del cerro, sonaba la corneta avisadora con un tono quejumbroso, casi doliente, que apagaba á intervalos el tronar espantoso de los barrenos que en larga fila iban estallando.

La gerte huía de las calles, esquivando el peligro que todos los días, de un modo regular, se presentaba. La gran explotación minera, al par que ahondaba, se extendía. Y mientras que de allá abajo, de tenebrosas profundidades, venían vibraciones silenciosas y movimientos bruscos de la piedra, de aquel enorme tajo á cielo abierto con que seccionaban el cerro, salían estos truenos, estos pedruscos voladores, estos estremecimientos que hacían bailar las cosas.

Pedro y Pablo—á quienes llamaban los *santos apóstoles*—salieron de la casa con la cestilla al brazo y los candiles de hierro en la mano. A despedirlos salió á la puerta la mujer del primero, Mariquita la *Relimpia*—y en verdad que lo era y más lo parecía entre aquella gente tan sucia, en la que el polvo del mineral formaba costra.—Y como la corneta seguía avisando, ella los detuvo un momento, debajo de la mezquina parra que orlaba la puerta.

—Esperar. Esto acaba ya. No me acostumbro á estos ruidos... ¡malditos sean los barrenos!

Y los *apóstoles* se reían como unos sanguangos;

—¡Barrenos los de allá dentro, ¿eh?

Y entre broma y risa la comprometieron para que el domingo bajase allá, al catorce piso, á la *caña* donde ellos estaban haciendo el pozo, y comerían los tres á la vera del malacate, alumbrándose con el candil, bajo la bóveda verdinegra sudando vitriolo, en aquella inmensidad subterránea que parecía un pedazo del infierno.

—¡Aquello es cuanti hay que ver, cordera!—díjole Pedro.

—Y el pozo nuestro (porque *nuestro* es, habiéndole contratao) es un señor pozo y ahí están los ingleses que lo digan,—agregó Pablo, mirando con extraña fijeza á Mariquita.

—Vaya, que irá. ¡Pues no os ponéis poco tontos con el pozajo!

—Es que de allí sacamos el *cónquibus*, y lo que habremos de sacar....

—En él me entierren—dijo Mariquita,—si salimos de pobres.

—Eso no. ¡Ajolá! Por tí más que por mí lo quedaría.

—Digo lo mismo.—Y Pablo le dió un envi6n con la cesta.

—Se acabaron los tiros. Gracias á Dios. Hasta la madrugada, ¿eh?

—¡Adiós, serrana!

### II

—¡Qué buena es!—dijo Pedro, con su apacible condición de hombre grandull6n, recién casado, que encontró lo que le hacía falta.

—Buena, y limpia, y hacendosa y como hay que ser—contestó Pablo.—Amigo, has tenido suerte,



Y entrambos, hablando de Mariquita y enumerando sus perfecciones, se fueron internando en aquel laberinto minero, erizado de obstáculos y accidentes. Bajaron por sendas estrechas abiertas en lo *estéril*; rodearon el laboratorio, en cuya alta chimenea ondeaba un penacho negro de humo; pasaron sobre las vías en que las locomotoras silbaban desesperadamente; bordearon el *canaleo*, en que el agua cubriera va dejando su cáscara riquísima en los viejos lingotes de hierro; llegaron á los hornos de fundición, donde hubo que tomar un trago que el capataz ofrecía, delante de la llama espantosa, policroma, en que se derretían masas de cobre, de azufre y de arsénico. . . . y siguieron hasta la base del cerro, todo él envuelto en un vaho que salía de todas partes, suavizando la fuerte coloración que el óxido de hierro ponía en la tierra y en los peñascos.

Allá en lo hondo, como una grieta abierta en aquel campo rojo sin una mata verde que alegrase la vista, comenzaba el túnel maestro; el túnel de entrada. Arrastrábanse las pequeñas locomotoras silbando sin cesar y dejando en la bóveda manchones de humo negro. A un lado y otro de las vías marchaban en hilera los obreros del relevo, que iban á hacer su jornada en las profundidades de la mina.

A poco, salieron del túnel y se pararon un instante en el fondo de la *corta*, á la luz y al aire. Por muy acostumbrados que estén los ojos, el espectáculo es siempre grandioso é imponente. Era aquel un anfiteatro magnífico: desde el suelo, en que las lluvias habían dejado algunas charcas de agua muy limpia, se elevaba la múltiple gradería, los bacanales de la explotación; allá arriba corrían sobre aquellos bancos de mineral las carretillas cargadas; más alto, colgaban á racimo los hombres atados, oscilando á compás del pico, como ajusticiados; y por encima de todo, el pico peñascoso del cerro, algo inclinado, como midiendo la hondura con que los hombres lo iban deshaciendo. Un breve pedazo de cielo azul, visto como desde un pozo, extendía su nota alegre sobre aquella desolación.

En torno de la gradería colosal se abrían, como fauces negras, las bocas de galerías antiguas y modernas. Las unas arrojaban humo; las otras, agua turbia que venía de los trabajos.

Los *apóstoles* miraron todo aquello con la indiferencia suprema del trabajador avezado, y hablando de cosas del negocio, entraron por la galería en curva, que venía á ser prolongación del túnel. Allí encendieron los candiles.

A medida que adelantaban por aquel antro, se percibían más formidables unos rugidos atronadores, como el resuello de algún monstruo; á poco, se fué haciendo, primero visible, luego deslumbrante, el resplandor de una inmensa llama: una masa de vapor blanco lo envolvía todo, y entre el conjunto de extraños ruidos, de claridad y de niebla, confusa y alocadamente se movían figuras negras, fantásticas, que corrían arrastrando cosas gemidoras, que rechinaban resbalando entre aquella bruma caliente.

El monstruo de la caverna era la gran máquina de múltiple oficio: ella tiraba de las vagonetas en ristra, que se extendían por las galerías llenas de sombras; movía las perforadoras de grandes barrenas con puntas de diamante; impulsaba los émbolos de las bombas desaguantes, y hacía salir de los ventiladores los chorros veloces de aire que hacían habitable aquel espantoso laberinto.

El estruendo era tal, que los obreros se hablaban por señas. A la salida de aquella explanada, al cruzar por delante de una galería en plano inclinado, Pedro súbitamente dió un empujón á Pablo, con tal violencia, que lo echó á diez pasos. Volvióse éste entre iracundo y sorprendido, y vió pasar rugiente y negra, la fila de vagonetas cargadas, que parecían despeñarse; un segundo más, y lo hubiesen despedazado.

En la larga convivencia entre el peligro, que es constante, de todos los minutos, de todos los días, estos actos de noble salvación pierden su importancia, como la pierde el accidente que quita la vida.

Así, los *apóstoles* siguieron su marcha, sin que el salvado dijese nada al salvador, ni éste pensase más en que, gracias á él, el mundo conservaba un hombre.

Fueron dejando atrás los lugares del ruido, los sitios en que rugían las máquinas; cada vez se internaban más en el corazón del filón Norte; el mineral se hacía más firme, más compacto; las vetas sudorosas del sulfato tendían sus anchos tapices; de la bóveda irregular y rocosa pendían millares de estalactitas azules, torneadas, cirios traidores de vitriolo, que á cualquier imprudente mirón dejarían ciego.

Pasaron por un *trabajo*, en que una pobre gente destajista echaba el quilo. Allá en la cruz que formaban las dos galerías, movíase la luz de un candil con recios vaivenes: no se veía el minero, pero se oía su voz apagada en la masa de piedra, repartida en aquellas negras oquedades: *¡pegao está; ¡pegao está!*

Pedro y Pablo se echaron de un salto en el hueco de una cuadra, en el rectángulo socavado en la roca donde dos pacientísimas mulas destinadas al arrastre comían su pienso, acostumbradas ya á esos espantos del mundo subterráneo.

Tardarían ocho segundos en estallar los barrenos, uno á uno, como los cañones de una batería. La masa de mineral trepidaba como un instrumento sonoro; las moléculas todas vibraban con siniestra amenaza; la bóveda crujía. . . . y el bramido de la explosión se perdía en las vías oscuras, insondables, como un lamento de las cosas grandes, heridas y profanadas.

Las mulas dejaron de comer, enderezaron las orejas, y, al acabarse el estruendo, volvieron al pienso, á defender la vida, con la calma humilde y pacienzuda de animales que no ven la luz, que ya nunca se desperdejarán en los prados.

Al llegar los *apóstoles* á la bifurcación de la «galería de los muertos»—allí murieron quince granadinos y veintidós portugueses—bajaron, como siempre, á echar un cigarro con los de *perpéuta* los trabajadores del quince, que iban ahondando, haciendo el nervio central de aquel piso nuevo.



—¡Eh, los amigos! ¡Cuidao, que hay requisa, y andan tricornios de venteo!

—¡Ah, bah! por aquí no llegan. Está esto muy hondo y hay mucho monte.

Aquellos tranquilos ciudadanos, escapados de presidio unos, fugitivos de la justicia otros, todos con su negra culpa encima de los lomos, trabajaban á jornal, para un contratista tiránico, empleados en una faena homicida, pero contentos de no ser esclavos de la sociedad; de ser libres en algo, en esto de morir siquiera.

Y por catorce reales, daban barrenos, metidos en una charca de agua verde, corrosiva, que les ulceraba espantosamente las piernas, y por toda defensa se ponian tapones de cera en los boquetes ulcerosos, en la carne recomida. . . .

Desterrados de la luz, preferían aquella libertad negra, aquel mundo dantesco en que morían aplastados, despedazados, envenenados, corroídos, hasta al punto de ver la blancura de sus huesos; su propio esqueleto moviéndose en el afán de la vida, debatiéndose en un infierno sin esperanza, pero libres al fin, en esa bárbara libertad del dolor y de la muerte.

Acabado el cigarro, subieron los *apóstoles* á su piso, graves, silenciosos, atentos á toda señal de peligro. Ya no había vida por allí, ni luz, ni movimiento. Era un gran espacio deshabitado y tranquilo. La sombra lo llenaba todo.

Antes de llegar á la *caña* donde estaba el pozo, oyeron el martilleo de sus barrenos, y, saliendo de la hondura, la copla clásica, el gemido popular, cristalizado como el mineral en aquellas regiones subterráneas:

«¡Pobrecitos los mineros,  
qué desgraciaitos son!»

.....

### III

El muchacho del tordo dormía como un bendito en la plataforma de dos tablonces tendida sobre el pozo. Un vuelco algo violento, una pesadilla, nada, cualquier cosa, y el muchacho hubiera caído á treinta metros, encima de los barrenos. Allí se vivía de milagro.

La luz de los candiles salía del pozo con una claridad tenue, mortecina

Pablo, de un puntapié despertó al muchacho, en tanto que Pedro, echado sobre el cilindro del torno, gritaba á su gente:—¡Aquí estamos ya! ¿Ha habido algo?

—Nada. Cada vez más más dura. Estos llevan toda la carga.

—Pues á pegar, y afuera.

Uno de los trabajadores se cogió á la cuerda, hizo la lazada por la que pasó el muslo, y puestos al torno los dos *apóstoles*, subió rápidamente, en tanto que el compañero quedaba *pegando*. Con la luz del candil dió fuego á las mechas, que á esto llaman pegar, y asiéndose á la cuerda, subió luego; apenas echó el cuerpo fuera, se retiraron todos á la galería central, y el muchacho, bamboleando el candil, dió las voces de *¡pegao está!* según es de rigor y de saludable costumbre.

—Las mechas esas tienen fallas. Hay que cambiarlas, porque á lo mejor se corren, y va á haber aquí una *san Francia* el día menos pensado—dijo el barrenero.

—Me engañaron en el almacén. Ya volaron el otro día cinco de la *perpéuta*, y es eso que las mechas no sirven, y no las tiran aunque reviente el mundo. ¡Así reventaran ellos!

En esto, los dos barrenos hicieron explosión.

—¡Buena carga, compadre!

—La que admitieron. ¿No lo dije?

—¡Ya habrán dejado bálago! Ea, pues, á descansar, que para nosotros se hizo el mundo: echa una mano, chiquillo.

Y uno en pos de otro, los *apóstoles* bajaron al pozo, lleno aún de vapores y de polvo, y de ese olor de la dinamita, que hace añicos la piedra más dura, y cuanto más dura, mejor.

En el acto se pusieron á escombrar, á limpiar el pozo, y allá iban volando los esportones, á los que un mal movimiento los hubiese volcado sobre aquellos hombres que no tenían huida posible.

Empezaron después á embocar sus barrenos, y golpe tras golpe se fueron enfrascando, hablando á veces de sus cosas, á veces silenciosos, absortos en la faena, en aquella lucha brava en que el músculo y el acero atacan á la roca y la roca se resiste con su plutónica dureza.

Los dos *apóstoles* habían venido allí de lados distintos, empujados por la necesidad y el trabajo: primero, Pablo, que tuvo varias alternativas en su vida de minero, y cuando se vió con algunos posibles, los malgastó, los disipó en breve vida regalona, única que concebía digna del hombre. Después llegó Pedro, entre un turbión de gente sin trabajo, grave, ajuiciado, de blanda condición, y en todo reglado y serio. El azar del trabajo los juntó un día, y ya no se separaron. Acaso afirmó su amistad la diferencia de caracteres, pues cada uno admiraba en el otro lo que en él faltaba.

(Continuará).